

De alegre bulto, y gallardía vistosa.  
 Las puntas de oro que en diversos trajes  
 Volando sube el edificio altivo,  
 Entre huecos y altísimos celajes  
 Vivos realces parecen del sol vivo:  
 Crecen los globos, crecen los plumajes,  
 Y cunde por el aire fugitivo  
 El real palacio, que á la ilustre cima  
 De un monte carga da, y al mundo grima.

No probara Bernardo la aventura  
 Habiendo leído su padron primero,  
 Sino fuera buscando la hermosura  
 De quien amor le hizo prisionero;  
 Que de su noble pecho la cordura  
 El brio hace humillar mas altanero  
 Para que no por verse que es bastante  
 A la empresa, se pierda de arrogante.

Mas del sin fin deseo arrebatado,  
 Que allí en tan varios trances le ha traído,  
 Por la encendida puerta se entró armado,  
 De su espada y escudo apercebido;  
 Donde apenas el quicio ardiente, helado  
 Con diestro pié pisó, cuando encendido  
 De rojas llamas de oro largo espacio  
 Su cortorzo gimió, y tembló el palacio.

Y no en ronco bramara de horrible estruendo  
 Cual los demás guerreros recibia,  
 Mas todo en nueva hermosura ardiendo  
 Vuelto se vió en suavísima armonía,  
 Que en las doradas bóvedas rompiendo  
 Los resonantes ecos, parecia  
 Que el mundo allí de todas sus regiones  
 El contento lloviese en varios sonos.

Con esta salva, de un florido espacio,  
 Que en siete arcos triunfales se estendia,  
 Del acerado muro al real palacio  
 Pasado el singular guerrero habia:  
 Llegó en música al patio, en que el topacio  
 De oro ardientes relámpagos bullia,  
 Y el tiempo se trocó, cerróse el muro,  
 Manchando el claro cielo de aire obscuro.

La hueca nube de su claro seno  
 De cruel fuego llovió rojo granizo,  
 Que el acerado arnés, cual seco heno,  
 Sobre el real cuerpo le abrasó, y deshizo:  
 Quedó de ciego humo el patio lleno,  
 Y él sin las armas que Vulcano hizo,  
 Cuando entró el humo y el granizo de oro  
 Los cuernos vió salir de un fuerte toro.

Pudiera, si le hallara descuidado  
 Ponerle á un golpe la victoria en duda  
 Mas en su ligereza confiado  
 El encuentro luyó, y con él se anuda:  
 Firme el toro resuena en lo enlazado  
 De la techumbre dá oro no desnuda  
 El grueso aliento, que á la obscura loma  
 Del soberbio animal Bernardo doma.

ALEGORIA.

En Garilo, que habiéndole Bernardo librado de la muerte le hurta el caballo y la espada, se pinta el dañado pecho de un ingrato, que con ningún beneficio pierde su dañada inclinación; y en los dos paladines vencidos, cómo sabe Dios humillar á los soberbios, cuando mas confiados y al parecer insuperables van en su ambicion y soberbia. En la muerte de Garilo se ve, cómo casi siempre los malos tienen por verdugo á su misma culpa, hasta morir á sus manos. En Bernardo, que encuenra á Olfá morando un cuerpo muerto, y habiéndole dado sepultura se va en seguimiento de Arcángelica, se muestra cómo el que va tras su venganza, se le ofrecen al camino mil espantosas ocasiones, que con su horror procuran atajarle los intentos; y él, corriendo siempre tras su deseo, por todo pasa, sin reparar en nada.

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

ARGUMENTO. Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes, y treceientos caballeros de su linaje que le acompañan para ir á la corte de su tío el rey Casto. Hallanse Morgante y Orimandro en Africa: cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Auteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules.

Ya entre los cuernos de un furioso toro,  
 Al resplandor del fuego que salía  
 De la encendida masa, ó globo de oro,  
 Que en medio el aire de aquel patio ardia,  
 Del gran Bernardo el anhelar sonoro,  
 El turbio y negro viento ensordecia,  
 Y al gemir ronco de ambos duros pechos,  
 El eco suena en los dorados techos.

Hizo firme hincapié la honra de España  
 En el de una columna, y revolviendo  
 Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,  
 Rodando el uno fue, y ambos cayendo:  
 El hueco patio de grandeza estraña  
 La obscura boca abrió de un pozo horrendo,  
 Que ambos á un tiempo en observados puntos  
 De un aspecto infeliz los tragó juntos.

Así en las playas del tiznado infierno  
 Si algun peñasco horrible se desgaja,  
 El agua salta; suena el lago Averno,  
 Y de amarilla espuma y pez se cuaja:  
 Suenan los bosques, que en silencio eterno  
 Del mundo guardan la mortal baraja,  
 Asombrando los árboles vecinos  
 Sus negros espumosos remolinos.

Resurtió el agua fuera con bramidos,  
 Y por la sima obscura, y sus taladros,  
 Vomitó el suelo globos encendidos,  
 Y dió el aire tristísimos baladros,  
 Truenos confusos, roncós estallidos,  
 Que el blanco estuco en los sutiles cuadros  
 Temblar hicieron, y pensar si habia  
 Llegado el mundo á su última agonía.

Cundió confuso el espantoso estruendo  
 Por las cavernas y techumbres de oro  
 Del hueco alcázar, que del son horrendo  
 Temblando el muro está en gemir sonoro;  
 Y el gallardo español, que al ir cayendo  
 Se dió por muerto, al despeñarle el toro  
 Al lago obscuro, así perdió el sentido,  
 Cual si en las ondas diera del olvido.

No volvió en sí, ni pudo en largo rato  
 Suspenso al delirar de un dulce sueño,  
 Que en caricia amorosa, y tierno trato  
 De un rostro alegre el pecho zahareño  
 Un noble guste le vendió barato,  
 Y de un rico tesoro le hizo dueño,  
 Trocado en bella dama el fiero toro,  
 La laguna en cristal, la sima en oro.

Ni fue todo quimera lo soñado,  
 Que vuelto en sí de la pasada riña,  
 No con un toro se halló abrazado,  
 Mas á una tierna y delicada niña:  
 Sobre alfombras y telas de brocado,  
 De aljofar y diamantes cada piña,  
 En rica cuadra y aposento hecho  
 De jaspe el muro, y de alabastro el techo.

Cercada de doradas vidrieras,  
 Que le sirven de bellas luminarias,  
 Por donde el rosicler de mil maneras  
 El aire tiñe de vislumbres varias,  
 Y los rayos y luces verdaderas,  
 Que forman del cristal iris contrarias,

Quebrándose en el oro y pederria,  
 Añaden luz á la que saca el día,  
 Hurtan sus miradores y ventanas  
 Suaves olores de un jardín ameno,  
 Que de rosa y clavel manchas tempranas  
 De agradables guirnaldas le hacen lleno:  
 Prende el olmo gentil párras lozanas,  
 La grama trepa por el verde heno,  
 La yedra por los muros, y las flores  
 El aire y suelo manchan de colores.

De las arpadas lenguas la armonía  
 Con que alegran los árboles el viento,  
 Al contrapunto que al romper del día  
 La luz al mundo vuelve su contento,  
 Nueva hermosura da, nueva alegría  
 Del rico cuarto al agradable asiento,  
 Con los tiernos redobles que al canario  
 El ruisenor alienta el tiple vario.

Era en cien pasos de contorno hecho  
 De alegre jaspe y firme arquitectura,  
 De oro y verde nielado el blanco techo,  
 Que las estrellas busca con su altura:  
 Y entre realces de estuco trecho á trecho  
 Primores de pincel y de escultura,  
 Y en rasguños, bosquejos y perfiles,  
 Escorriadas sin luz sombras sutiles.

Bernardo que domando un fiero toro  
 Se vió en los lances de su agudo cuerno,  
 Y libre ahora en el regazo de oro  
 De una tierna beldad de un mirar tierno  
 Admirado de hallar gusto y tesoro,  
 Donde encontrar pensó pena é infierno  
 Así con suspension y regocijo,  
 Alegre vuelto á la doncella dijo:

«Grandes son los milagros desta casa,  
 Grande el saber que los trazó, y los hizo,  
 Sus techos de oro, su encendida masa,  
 Su horrible sombra, su áspero granizo;  
 Mas lo que á todo junto escede y pasa,  
 Y la primera admiracion deshizo,  
 Es el placer y gusto que retoza  
 Por esta alegre cuadra, y quien la goza.

Y tú, bulto gentil, luz peregrina,  
 O seas diosa inmortal, ó sombra humana,  
 Si huele á humano cosa tan divina,  
 Si es de la tierra luz tan soberana,  
 Ora de honor mortal, ó inmortal dina,  
 De eterna vida, ó de caduca y vana,  
 Dime ¿á cuál dios le debo deste templo  
 El bien que gozo en él, y en tí contemplo?»

«¿Qué deidad rige, qué virtud alumbra  
 Estas cuevas y sótanos del mundo,  
 Cuando les falta el oro que relumbra  
 Siempre en tus sienes, y ahora en tu profundo?  
 Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,  
 Y de valor le da el lugar segundo,  
 ¿De qué esmero de gloria, de qué cielo  
 Amor le hizo para bien del suelo?»

Dijo el leonés, y la beldad gallarda  
 Compró unos nuevos bellos arreboles,  
 Que el temor le labró, que le acobarda  
 En ambas las mejillas sendos soles:  
 Al fin con voz medrosa, y lengua tarda  
 Haciendo el rostro varios tornasoles,  
 «Toda, dijo, señor, esta armonía  
 Es solo un medio á la ganancia mia.

Hércules hizo esta espantosa cueva,  
 Y en ella enterró vivo un agorero,  
 Al sabio Clemesí, que en luna nueva  
 Via todo junto el mundo venidero:  
 Cuyas cenizas por bastante prueba  
 Esta urna guarda de bruñido acero,  
 Y parte de su espíritu esta sala,  
 En lo que al tiempo por venir señala.

Era en los Carpios de Africa nacido,  
 Y del antiguo origen de su tierra,  
 Por mayor gloria el suyo dió añadido  
 A esta que ahora su sepulcro encierra:  
 De aquí el Carpio nació, cuyo apellido  
 Si el gran saber de Clemesí no yerra,  
 Será por las hazañas de tu mano  
 Mayor que el Uticense y Africano.

Prendióle Alcides, y enterróle vivo,  
 Porque en supersticiosa hipocresía,  
 O con alma envidiosa, ó pecho altiyo,  
 Estorbar sus grandezas pretendia:  
 Y como al claro Betis fugitivo  
 A Sevilla usurpó, también queria  
 A Tormes impedir con sus conjuros  
 De Salamanca los insignes muros.

Llegando Hércules libio á las riveras  
 Del fresco Betis, que en templado cielo,  
 Entre las flores dan fuentes parleras  
 Blando ruido y cristal al fértil suelo,  
 Fundar quiso á las gentes venideras  
 Ciudad que fuese á su valor modelo,  
 Cuando el astuto y envidioso mago  
 Con un conjuro lo estorbó aciago.

Pasó el hijo de Osiris helicoso  
 Su reino á Italia; Hispal entretanto  
 Con el paterno brio al pueblo honroso  
 Felices muros dió, y principio santo:  
 Volvió de Tuscía el capitán famoso,  
 Y del frio Tormes en el rico manto  
 Otro pueblo trazó, y el sabio en vano  
 Quiso segunda vez irle á la mano.

Sabia por su astronómica esperiencia  
 Destos dos sitios en el mundo raros,  
 Que de aquel en aumentos de excelencia  
 Grandeza, magestad, y hechos preclaros,  
 Y deste en letras, santidad, y ciencia,  
 Al mundo con la luz de ingenios claros  
 Nacerian mas Hércules y Apolos,  
 Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.

Y envidioso que Alcides de su mano  
 En la tierra dejase tal memoria,  
 La primer poblacion le estorbó ufano,  
 Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria:  
 Mas porque pretendió tambien en vano  
 La segunda impedir, es firme historia  
 Que aquí le enterró vivo y deste agüero  
 A Salamanca dió nombre primero.

Es tradicion que en los antiguos años  
 Que á Clemesí esta cueva tuvo preso,  
 Sin dar recurso á sus presentes daños,  
 Ni destos montes sacudir el peso,  
 Puntos en su saber alcanzó estraños,  
 Labró esta sala real, y en ella impreso  
 De los futuros siglos un discurso,  
 Que al mundo iguala en duracion su curso.

De España las grandezas mas notables  
 Al venidero siglo y al pasado,  
 De gurbios y pinceles admirables  
 Es cuanto está en contorno dibujado:  
 Sus reyes, sus monarcas, sus afables  
 Príncipes, sangre, magestad, estado,  
 Graves sucesos, reales sucesiones,  
 De ilustres casas, de inclitos varones.

Mas donde el sabio mágico dispuso  
 El punto echar, y de su ciencia el resto,  
 Donde mas fuerza de planetas puso,  
 Y el cielo á su intencion halló mas puesto,  
 Fue en aquel rico espejo, en quien difuso  
 Con mágicos caracteres compuesto  
 A los ojos dejó un discurso entero  
 Del mundo que pasó, y del venidero.

Así dijo, y tomando por la mano  
 Al regalado jóven se levanta,  
 Y al fiel cristal, que del tesoro humano  
 La mas antigua muestra y rica planta,

Con él se va, y en modo cortesano,  
 «Aquí, dice, señor, se encierra cuanta  
 Nobleza y sangre ilustre España encierra,  
 Y de la tuya heredarás su tierra.»  
 Era el valiente artificioso espejo  
 De medio globo en proporcion ovado,  
 De alto diez codos, de cristal parejo,  
 En firme y rica tarja relevado,  
 Donde el diestro buril del sabio viejo  
 Excedió al pensamiento mas delgado,  
 Pues siendo de oro y pedrería gran parte,  
 A toda la materia vence el arte.  
 Así en tan nueva perspectiva hecho,  
 Que salir de su centro parecía  
 Un movible escuadron, que trecho á trecho  
 Por el lustroso alínde se estendia;  
 Y aunque en espacio de compás estrecho,  
 Puesto en tales diámetros, que hacia  
 En la mas firme vista la figura  
 De entera proporcion y hermosa.  
 Ahora el techo y distancias de la sala  
 En tal aspecto y reflexion tuviese,  
 Que cuanto en ella por adorno y gala  
 El pincel puso en su cristal se viesse;  
 O el arte allí á lo natural iguala,  
 O con cercos su artifice fingiese  
 Bullirse tras la clara vidriera  
 Encantadas figuras de oro y cera:  
 En él se vian notables hermosuras,  
 Gusto á los ojos, y al sentido espanto,  
 Y por su limpio seno las figuras,  
 Aunque muertas, moverse por encanto:  
 Y en bellos ademanes y posturas  
 Dar deleite á la vista, y entre tanto  
 Que Bernardo lo goza desde afuera,  
 La dama prosiguió desta manera  
 «Antes de declarar las maravillas  
 Que este cristal en su artificio encierra,  
 Cual en lengua sutil supo decillas  
 El que me trajo á conocer tu tierra,  
 Desde las paflagónicas orillas  
 Donde nací, y me dió la primer guerra,  
 Con mil dudas y asaltos al deseo  
 El gusto de la gloria que poseo:  
 Contarte quiero el espantoso enredo  
 Por donde amor me trajo á conocerte;  
 Perdone el pundonor, que ya no puedo  
 Mas encubrir el bien que gozo en verte:  
 Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,  
 La suerte varia de mi buena suerte  
 Me tiene aquí esperando tu venida,  
 Poco menos que el tercio de mi vida.  
 Despues que en los ejércitos troyanos  
 Fue Pilemon con griegas armas muerto,  
 Y á Paflagonia llena de tiranos  
 Los Henetos dejaron sin concierto;  
 Cuando en Italia dieron por sus manos  
 A Padua muros, y á Venecia puerto,  
 Un hijo que quedó del rey vencido,  
 En Asia fue por tal obedecido.  
 Deste fue nieto Clicio el elocuente,  
 Que en el boreal Carambe peñascoso  
 Asombró el mundo, y gobernó la gente,  
 Que en torno riega el Hales caudaloso:  
 De aquí Acrisio nació, de aquí Valente,  
 Y Cenon deste tronco generoso  
 Fue emperador de Grecia, y deudo suyo  
 Orontes, que es mi tío, y ayó tuyo.  
 Sobre las playas que en el Ponto Euxino  
 Atruenan el sonoro Termodontes,  
 Y con ruido y curso cristalino  
 A Farnacia hace muro y horizonte,  
 De mi padre fue el reino mas vecino,  
 A quien su infiel hermano Anfimedonte  
 Mató á traicion, y con injusta guerra.

Por rey se alzó de la usurpada tierra.  
 Quedé yo sola y niña al riesgo puesta  
 De la violenta espada del tirano,  
 De donde me libró, y me puso en esta  
 Gruta, de Orontes la prudente mano,  
 Con firmes esperanzas, que dispuesta  
 Mi causa por el cielo soberano,  
 Libradas me trairia el bien de verte  
 Ricas mejoras de ventura y suerte.  
 A este fin me ha traído aqui escondida,  
 Y en muchas veces que de tí me hablaba,  
 De tu valor, tu sangre, y tu venida,  
 El gusto con sus cuentos me endulzaba:  
 De tu real sucesion la no vencida  
 Grandeza y real progenie me contaba,  
 Los héroes que de aquella imágen tuya  
 Al mundo han de salir por gloria suya,  
 Mas aunque deste espejo soy maestra,  
 Por lo mucho que en él me habló mi tío,  
 Aquel nuevo escuadron que allí se muestra  
 Nacer de ambos retratos tuyo y mio,  
 Y ocupada de cetro real la diestra,  
 Es traslado aquel jóven de tu brio,  
 No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea,  
 Hasta que mas probables causas vea.  
 De estotra sucesion de sangre ilustre  
 Que trae de tantos reyes su corriente,  
 Y de tu pecho hereda un nuevo lustre,  
 Como del claro sol el fresco Oriente,  
 Que sin que le carcoma ni deslustre  
 La polilla del tiempo esa creciente,  
 Por mil siglos dará su heroica rama  
 Principes dignos de gloriosa fama:  
 De esta si te diré lo que aprendido  
 Me dió el deleite de prolijos años:  
 Oye, leonés, el cuento nunca oido,  
 Y los sucesos en grandeza estraños,  
 De los que el español reino perdido  
 Librarán de mil riesgos y mil daños  
 Y con prudencia y fortaleza entera  
 A su opinion le volverán primera.  
 Aquí verás, y no de industria mia  
 Fingida historia, mas del justo cielo  
 Ricos favores que á tu España envia,  
 Que á sus castigos sirvan de consuelo,  
 Que aunque hoy está cual ves su monarquía,  
 Tiempo vendrá que de su santo celo  
 Gobierno y leyes tomen en una hora  
 Los que el ocaso habitan y la aurora.  
 Aquella gran princesa de Colonia,  
 Que hace á tu imágen dulce acogimiento  
 Cuya caricia y tierna ceremonia  
 A ti causa placer, y á mí tormento,  
 Rayo es de aquel valor que en Macedonia  
 A Julio César puso atrevimiento,  
 De acometer con pecho furibundo  
 La empresa que le dió señor del mundo.  
 Yo digo de aquel inelito Crastino,  
 De Viriato ilustre descendiente,  
 Por quien tambien despues lo fue Turino,  
 En lengua y manos bravo y elocuente:  
 Este en el fiel ejército agripino  
 Por hijo tuvo un capitan valiente,  
 Que á Colonia le dió campos seguros,  
 Y sobre el reino levantó sus muros.  
 Destos principes fue Astiran caudillo,  
 Que á los Elvecios trajo arrinconados,  
 Y el que á los Hunos defendió el castillo  
 De rota puerta y muros arruinados;  
 Y el valiente Alencastro, que un portillo  
 Libre solo guardó á tres mil soldados,  
 Y su valor y nombre dió en herencia  
 A esta insigne é ilustre descendencia.  
 Deste gran duque es digna sucesora  
 La que hará alegres tus felices años;

Despues que la francesa y gente mora  
 De esa espada á tus piés lloré sus daños:  
 Cuando tu ingrata patria burladora  
 A tu padre te niegue, y los estraños  
 Te ofrezcan cetro de oro, y real corona,  
 Llamados del valor de tu persona.  
 Entonces ya cansada de mudanzas,  
 Y de trazarte agravios y desdenes,  
 Trocando la fortuna las balanzas,  
 Con este bien te colmará de bienes;  
 Y en legitima union, si á verlo alcanzas,  
 Un dulce nieto te dará en rehenes.  
 Que á Asturias volverá tu casa ilustre,  
 Dando á Flandes envidia, á España lustre.  
 Aquel blanco aleman, que resplandece  
 Cual nuevo Marte en las moriscas lides,  
 En quien tu sangre y tu valor florece,  
 Con los roeles del gentil Persides,  
 Si ya no es sueño cuanto aquí parece,  
 Tu nieto espera ser Nuño Belchides,  
 Y esta su esposa, hija del que apenas  
 A Burgos reformó, y vistió de almeas.  
 Vesle allí en Peñalonga disfrazado  
 Con bordon y esclavina de romero,  
 Que á visitar de Cristo el primo amado  
 Bajó á Galicia, y quiso ver primero  
 El claustro, en que estará depositado  
 Tu cuerpo real al siglo venerado,  
 Dando de una alta fe y nobleza indicios  
 Su católico voto y sacrificios.  
 Aquel que allí le espera, para dale  
 Su condado y su hija en casamiento,  
 Y con nudo legitimo obligalle  
 Que haga en su primera patria asiento,  
 Es don Diego Porcelos, que en su talle,  
 En su eleccion, y grave entendimiento,  
 Representa un monarca, y en Castilla  
 El supremo gobierno, y primer silla.  
 Estos dos, que en braveza y hermosura  
 A la española vencen y alemana,  
 En quien tu sangre gotica mas pura  
 Corre, que en el Oriente la mañana,  
 Dos nietos suyos son, Nuño Rasura,  
 Juez de la real grandeza castellana,  
 Del conde Hernan Gonzalez digno abuelo,  
 Luz de Castilla, y norte de su cielo.  
 Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre  
 De aquel que lo será de siete infantes,  
 Que á la sangre de Lara han de dar lustre,  
 Y la suya á mil riesgos importantes;  
 Y sin que envidia y muerte les deslustre,  
 Esta masa de estrellas radiantes  
 Héroes serán, cuya gallarda saña  
 Miedo á Libia dará, y honor á España.  
 Mas ¿qué valor habrá en su monarquía,  
 Que del suyo no tome su creciente?  
 ¿Qué armas, qué antigüedad, qué hidalguía,  
 Qué casa, qué solar, qué honor, qué gente?  
 Querer contar su número, sería  
 Medir á puños de agua la corriente  
 De Tormes, de ambos polos las estrellas,  
 Y los gustos que amor contempla en ellas.  
 Que todo aquel vellon, neblina ó velo  
 De sombras y de luces marañado,  
 Como en el lácteo círculo del cielo  
 Los globos de oro, de que está amasado  
 Serán estrellas del iberio suelo,  
 Si el tiempo les da luz, y vuelo el bado:  
 ¿Quién bastará á contar su muchedumbre?  
 De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbré?  
 Solo hasta aquel mancebo generoso  
 Que un Júpiter parece entre sus dioses,  
 Cuyo ademan gallardo, y brio airoso,  
 Temo que á remedar apenas oses,  
 Aquel que en freno de oro poderoso

Un mundo afable hará, y que tú reboses,  
 En virtud de ser él tu descendiente,  
 Por las bocas y lenguas de la gente.  
 Hasta él, y su retrato, donde el arte  
 Lo vivo escede en magestad y gloria,  
 En mi discurso irá, por no cansarte,  
 De tu real sucesion la grave historia;  
 Donde podreis oir, y yo contarte,  
 Del mundo lo mas digno de memoria,  
 De la fama un crisol, de España un muro,  
 Y de tu sangre el rosicler mas puro.  
 No pasaré de allí, porque en los años  
 Que la luz de este sol naciere al mundo,  
 Desagraviada España de sus daños,  
 Ya el siglo de oro gozará segundo:  
 Y arrojando de sí yugos estraños,  
 Desde el francés distrito al mas profundo  
 Volverá á su primera monarquía:  
 Oye pues lo que Orontes me decia.  
 Aquel que niño entre los niños nobles,  
 Cual perla va entre aljófares menudos,  
 De cuya fama los acentos dobles  
 Oirán los sordos, y hablarán los mudos;  
 El que á Junquera de los duros robles  
 Por trofeos colgará nuevos escudos,  
 Y á España dará un brazo, que en el mundo,  
 Ni en valor tiene, ni tendrá segundo;  
 Es Don Gonzalo, hijo de Rasura,  
 Y dél el conde Hernan Gonzalez hijo:  
 Y aquella alegre tierna hermosura,  
 De la alma y de los ojos regocijo,  
 Su hermana y tia, de los dos hechura,  
 De un cielo sabio, permanente y fijo;  
 Esposa de Lain Calvo, y primer fuente  
 De reyes sabios, y de un Cid valiente.  
 Hijo suyo será el que allí parece  
 Poblando á Peñafiel, y haciendo ufano  
 El venturoso siglo, en que florece  
 Brazo tan noble, pecho tan cristiano:  
 Y este que ahora entre las armas crece,  
 Y con su orgullo menguará el pagano,  
 Biznieto vendrá á ser del rev Bermudo,  
 De Africa espada, y de Castilla escudo.  
 El que de Castro Anzures, y de Osorio,  
 Las reales sangres juntará en un peso,  
 Es fruto del dichoso desposorio  
 De Ruy Fernandez, y él de tanto seso,  
 Que el valor será á España mas notorio  
 Que en aquel siglo gozará, y tras eso  
 Ayo de un rey, y defensor sin miedo  
 De los muros y alcázar de Toledo.  
 Casará con la bella Estefanía,  
 De sus dos reyes valerosa hermana,  
 Cuya fértil y alegre compañía  
 Rica su casa volverá y ufana:  
 Será en braveza invicto, en cortesía,  
 De afable condicion, sincera y llana,  
 Sin doblez, sin cautela ni maraña,  
 Que un español, si es noble, nunca engaña.  
 Dará hecha esta verdad su pecho ufano,  
 Cuando en Garcí Navarro la fortuna  
 En ciega ambicion haga un golpe vano:  
 Y otro el saber y fortaleza á una;  
 Y cuando en lubrical su trato llano  
 Cautela vuelva el no tener ninguna,  
 Perdiendo por su leal trato sincero  
 De un conde la prision, y un caballero.  
 A este el valor, esfuerzo y gentileza  
 Heredará don Pedro el Castellano,  
 Que en Jerez, de los hombros la cabeza  
 Le quitará á un rey moro, de su mano:  
 Y contra todo el brio y la braveza  
 Del pundonor leonés, y el asturiano,  
 Hará unos baños, y temblar en ellos  
 Quien se atreviere sin su gusto á vellos.

Deste será hijo el valeroso infante  
 Alvar Perez de Castro, cuyo lustre  
 Segunda vez hará que al mundo espante  
 De Sandoval en él la sangre ilustre:  
 Valiente Adelantado, que delante  
 Del suyo no hay valor que no deslustre,  
 Pues contra todo el campo de Castilla,  
 De sirgo hará murallas á una villa.  
 Ha de ser de la bella Irene esposo,  
 Que á Martos libraré de un campo armado,  
 Y él de Jerez al trance peligroso,  
 De todos el valor mas declarado,  
 Formará de Machuca el nombre honroso,  
 Y á su nobleza un hijo señalado,  
 A quien un sabio rey su estado entregue,  
 Antes que á edad madura y sazón llegue.  
 A dejar de dolor el mundo lleno  
 Con su temprana muerte, tendrá vida  
 Don Pedro, que cual flor en valle ameno  
 Su juventud se pasará florida:  
 Cuya falta guiará el curso sereno  
 Desta real descendencia esclarecida  
 A Don Fernan Ruiz, segundo hermano  
 Del príncipe don Pedro el Castellano.  
 Sobrino suyo, hijo del que digo,  
 Don Gutierrez será el descalabrado,  
 Que á Torofio del bando su enemigo  
 Recobrará con parte de su estado:  
 Y el rey por deudo, ó por afable amigo,  
 O porque al tronco vuelva tu condado,  
 Con el aplauso general de España  
 En nuevo feudo le dará á Saldaña.  
 Seguirle ha don Fernando, que en Galicia  
 Cobrará de su antiguo patrimonio  
 A Sarría y Lemos, siéndole propicia  
 La bella Emilia en dulce desposorio:  
 Despues que muestre en la áspera milicia  
 De Africa con bastante testimonio,  
 Que él de trofeos la ha de hacer mas llena,  
 Que el aire y sol de palmas y de arena.  
 Deste brio, y la sangre de Mendoza,  
 Nacerá un don Esteban, para estrago  
 Del bárbaro feroz, que ahora goza  
 De España el reino, y de fortuna el pago:  
 Y si este siglo de oro se remozca,  
 Pertiguero mayor de Santiago,  
 Y adelantado se verá en Galicia,  
 Yerno de un rey, y rey de la milicia.  
 El que de una bellísima Violante,  
 Del rey don Sancho el Bravo hija amada,  
 Allí es esposo noble y tierno amante,  
 Y en paredes la mas temida espada,  
 Es don Fernando; y el que al ir delante  
 En esfuerzo y braveza no igualada  
 Queda único, don Pedro de la guerra,  
 Marte español, si Marte hay en la tierra.  
 Tendrá dos hijas reinas valerosas,  
 Una de Portugal, y otra en Castilla,  
 Y él por su brazo y fuerzas poderosas  
 En Lerma y Peñafiel la primer silla:  
 Dará en Tarifa heridas espantosas,  
 En Badajoz asombro y maravilla;  
 Mas es mortal, y aunque su nombre admira,  
 Al fin vendrá á morir en Aljecira.  
 Ya deste origen tomarán corriente  
 De Arrayo los dos condes lusitanos,  
 Aquí los del Villar su noble fuente  
 Llena de sangre real verán ufanos:  
 Y aun deste mismo tronco, y su creciente,  
 Arboles nacerán tan soberanos,  
 Que el mundo dellos cuelgue, y de su hebilla  
 La real corona y cetro de Castilla.  
 Deste don Pedro es hijo aquel Fernando,  
 De dos reyes cuñado, y de otro yerno,  
 Que su lealtad primera sustentando,

En Anglia heredará renombre eterno:  
 La que el mundo tras él está admirando,  
 Con su brio gallardo y mirar tierno,  
 Su bella hija Isabel, y aquel su esposo,  
 Gran conde, y condestable poderoso.  
 El que allí duque espera ser de Arjona,  
 Y en Peñafiel tener prision y entierro,  
 Cuando de luto cubra su persona.  
 El mismo rey que le prendió por verro,  
 Hijo de los dos es, y esta matrona  
 (Si de Orontes los cómputos no verro)  
 Doña Beatriz, que en dulce desposorio  
 Dará su sangre real á la de Osorio.  
 El que allí de ambas por igual florece,  
 Y en la santa conquista de Granada,  
 Entre grabado acero resplandece  
 De sangre llena su invencible espada,  
 Es don Rodrigo, y la que dél parece  
 Que el brio toma y magestad prestada,  
 La segunda Beatriz de Osorio y Castro,  
 Digna de mil estatuas de alabastro.  
 Aquel real Lusitano es su marido,  
 Y la beldad que su sitial rodea  
 Doce príncipes, fruto enriquecido  
 De cuanta humana gloria se desea:  
 Dejo el primero, que será escogido  
 Para que toda junta suya sea.  
 Dos prelados de Cuenca y de Sevilla,  
 Gloria de Portugal, luz de Castilla.  
 Aquel comendador mayor de Cristo,  
 Que aun desde ahora alegre su esperanza,  
 Las dos bellas duquesas que ya has visto  
 Allí en Veragua, aquella está en Braganza:  
 De cuyo cetro el mando mero misto  
 Hasta los mundos por venir alcanza  
 Una y otra condesa hermosa y sábia,  
 Esta en Chanel, aquella en Ribadavia.  
 ¿Quién bastará á decirte las grandezas  
 Que el sabio destes príncipes contaba?  
 ¿Los triunfos, las victorias, las proezas,  
 Con que me entretenia y asombraba?  
 ¿Títulos, nombres, señoríos, riquezas,  
 Que este tiempo á su casa amontonaba?  
 Será ponerme yo á tratarte dellas,  
 Contar arena al mar, al cielo estrellas.  
 Basta en suma decirte, que el que aumenta  
 Con el de Andrade su famoso estado,  
 Y un gran marqués de Sarría representa,  
 De un invencible emperador al lado,  
 Es don Fernan Ruiz, que en esta cuenta  
 Bisabuelo es del rayo señalado,  
 Que allí nos da con su retrato solo  
 Mas firme luz que en su carrera Apolo.  
 Hijo suyo será el que en gloria nueva  
 A los timbres añada de su casa  
 La ilustre sangre de la antigua cueva,  
 Que en profundo valor se abrió sin tasa;  
 De quien saldrá el que en Nápoles dé prueba  
 De la prudencia con que á Nestor pasa,  
 Y á Ulises deja atrás en su gobierno,  
 Y al fiel Acates en piadoso y tierno.  
 Si á esta real masa soberana junta,  
 De limpia sangre y rosicler de gloria,  
 El rico Sandoval la suya ayunta,  
 De imperio digna, y de inmortal memoria;  
 La luz vendrá á nacer, á quien apunta  
 Lo mas florido de una heroica historia.  
 Que el mundo espera, á quien el nombre suyo  
 Famoso el mio hará, y eterno el tuyo.  
 ¡Oh heroico pecho! en cuyo real semblante,  
 No un mundo, mas un cielo resplandece,  
 Con mas glorias que estrellas carga Atlante,  
 Cuando á su vista el sol desaparece;  
 De presa el hado á un bien tan importante,  
 Y el reino que en el rico abril florece,

De tu valor, sin que jamas fallezca,  
 Cual tú en virtud, así en tus honras crezca.  
 ¿Quién como tú á los mundos donde sueñas  
 Saldrá príncipe y sabio todo junto,  
 Cuando tu real palacio ser de Atenas  
 Podrá en graves filósofos trasunto?  
 Dándole tú, cual nuevo Augusto, llenas  
 De honra las letras, y al difícil punto  
 De la virtud con tus heroicos pasos  
 Subida fácil, y caminos rasos.  
 Ya veo colgar de tu ánimo prudente  
 Del occidental orbe el noble peso,  
 Y en tu grave modestia, y sangre ardiente,  
 De Marte el brio, y de Minerva el seso:  
 De tu espíritu altivo y elocuente  
 En todas facultades el exceso,  
 Con que así en las materias te adelantas,  
 Que al sabio admiras, y al soberbio espantas.  
 Los otros dos que á la una y otra mano  
 Su gala dejan de grandezas llena,  
 Y en lo mejor de un mundo cortesano  
 La suya en agradable aplauso suena;  
 El uno ha de ser duque Taurisano  
 Honor del lacio campo, en que resuena  
 Con mil dones de su ánimo excelente,  
 Amor y asombro á la toscana gente.  
 Del tierno bozo el grave lustre apenas  
 A su rostro dará sombra y decoro,  
 Cuando de la una de las tres serenas  
 El reino enfrenará con riendas de oro,  
 Y de sus reales obras nubes llenas  
 De honor enhuecará el clarín sonoro  
 De la parlera fama, cuyas voces  
 Tu alegre tiempo eternos siglos gocés.  
 Reducirá con su prudencia sola  
 A Roma un veneciano arrojamiento,  
 Cuando en riesgo mayor entre ola y ola  
 Amenazar parezca un fin violento:  
 ¡Oh á la tusca nacion, gloria española!  
 ¿Quién pudiera el preñado pensamiento  
 De tus grandezas darle al mundo entero,  
 Con la pluma en que vences la de Homero!  
 El otro que ya allí en ginete ardiente  
 Un español Narciso representa,  
 Gallardo, brioso, galan, sabio y prudente,  
 Que ánimo y brio á quien le mira alienta,  
 Del rico Gelves es conde valiente,  
 Y la suma feliz desta real cuenta,  
 Y todos gloria del iberio suelo,  
 Rayos de un claro sol, soles de un cielo.  
 Y allí los tres ardiendo en llamas de oro  
 A vista veo del español monarca,  
 Mas floridos que el mes que alumbra el Toro  
 Hacer todos los gustos de su marca;  
 Donde tambien la mina del tesoro,  
 Que tal le dará al mundo, alegre enarcará  
 Los graves ojos, para entrar por ellos  
 Segunda vez al alma hijos tan bellos.  
 Será sabia Minerva del ocaseo  
 Del real palacio el peso que mas pesa,  
 Mas ya es tiempo que pase, aunque de paso,  
 A decirte algo desta real princesa,  
 Desta nueva deidad, que en cielo raso  
 Da gloria á quien la mira, y deja impresa  
 En el alma una fe y amor, que inclina  
 Y fuerza á darle honor y honra divina.  
 Querida prenda del valor que ahora  
 Ves, que en su fama ha de aclarar la tuya;  
 Mas tan gran magestad, tan gran señora,  
 ¿De quién pudiera ser, sino era suya?  
 Ser la mayor beldad que España adora,  
 La que mas gracias y primor incluya,  
 De sangre real del mundo celebrada,  
 De un gran duque de Lerma hija amada.  
 Todo es humilde nombre á su grandeza,

Y la mayor de todas ser esposa  
 Deste asombro del tiempo, en cuya alteza  
 La suya halló la esfera en que reposa:  
 El mundo ofrezca, oh norte de belleza,  
 Corona eterna á tu cabeza hermosa,  
 La Arabia incienso, oro el indio adusto,  
 Los años vida y fama, el cielo gusto.  
 Siete siglos y medio está distante  
 Este sol de tu vista y de su Oriente,  
 Ciento y cincuenta lustros adelante  
 Vestirá de arrebales el Poniente,  
 Y su grave prudencia firme Atlante  
 Será de una encubierta y nueva gente,  
 Que allá en la otra region del mundo mora,  
 Y nuestra noche tiene por aurora.  
 Ayudadme, oh bellísimos retratos,  
 Que en gurbias de oro por encanto hechos,  
 Prestais vuestras estatuas para ornatos  
 Del vario jaspe deste muro y techos:  
 Celebremos con fiestas y aparatos,  
 Ya dignos destes dos heroicos pechos,  
 El bien que en su venida se atesora,  
 Y en su esperanza alegría desde ahora.  
 Dijo la sabia, y en rumor sonoro,  
 Que al alma sus oficios suspendia,  
 Con graves arpas cien estatuas de oro  
 La gloria celebraron de aquel dia:  
 Quedó absorto Bernardo, ardió el tesoro  
 Del real palacio en fuegos de alegría,  
 El castillo tembló, y del nuevo espanto  
 El mundo al rico peso hizo otro tanto.  
 Mas luego que en la grave pesadumbre,  
 Que al corvo monte la ancha espalda oprime,  
 El resonar del oro en la techumbre,  
 Y el nuevo asombró con que el bosque gime,  
 Sosegándose fue, y la clara lumbre,  
 Que en rayos de oro por el aire esgrime,  
 Ya el vivo resplandor volvió á su seno,  
 Y dejó el aire en su quietud sereno.  
 En el uso perfecto del sentido,  
 De su resplandeciente arnés armado,  
 El valeroso godo reducido  
 Fuera se halló del término encantado;  
 Donde en el mago espejo entretenido  
 La corriente feliz contempla al hado,  
 Y el prevenido vió fruto fecundo,  
 Que de su sangre real espera el mundo.  
 Huyóse de la máquina presente  
 El mágico furor desvanecido,  
 Y el rico alcázar pareció patente,  
 De fuerte muro natural ceñido.  
 De arquitectura y fábrica escelente,  
 No con perfumes bárbaros fingido,  
 Mas en mármol y bronce, el jaspe y oro  
 De firme magestad hacen tesoro.  
 Por altos patios, y anchos corredores,  
 Confusa tropa vió de armada gente,  
 Que con ilustres títulos y honores  
 Honrando vienen su ánimo valiente,  
 Tras la anciana vejez, y años mayores  
 Del grave Orontes, que en saber prudente,  
 Y en vida allí contemplativa vive,  
 Y con alegres brazos le recibe.  
 Tres centurias de ilustres caballeros  
 Con este ardid juntó el cuidadoso anciano,  
 En sangre godos, en las armas fieros,  
 Deudos los mas del jóven asturiano,  
 Lanzando otros cualquiera aventureros,  
 Que á probar iban el castillo en vano,  
 La blanda llama entre su humo extraño,  
 Sin mas riesgo que el miedo del engaño.  
 Estos con ricas armas en tesoro,  
 De fina pedrería y luz sembradas,  
 Y espumantes frisiones de sonoro  
 Nevado freno, y clines alheñadas,